

Brasil: un país polarizado

Por Gabriela Litre

El 30 de octubre de 2022, a las 18 horas, la votación para elegir Presidente llegó a su fin en Brasil. Tan solo dos horas después se conocía el resultado, que daba a Luiz Inácio Lula da Silva, candidato del Partido de los Trabajadores (PT) como ganador por un estrecho margen sobre el actual presidente, Jair Bolsonaro.

La velocidad del recuento de votos en Brasil es un récord a nivel mundial y tiene dos razones, una técnica y una política: desde el año 2000, las elecciones en este país están totalmente informatizadas. El motivo político: el voto electrónico fue la respuesta de Brasil para reducir al máximo la intervención humana en el proceso y acabar así con el fraude que se producía con las papeletas de papel.

¿Qué sucedió? Mientras que el recuento rápido, todo un mérito en un país de dimensiones continentales, había sido desde hace décadas motivo de orgullo para muchos brasileños, en esta oportunidad se convirtió en un motivo más de conflicto y de intento de desestabilización democrática por parte del presidente saliente, Bolsonaro, y sus seguidores.

Rápido de reflejos, y ante las expresiones antidemocráticas de los votantes de Bolsonaro, el presidente electo (en su tercer mandato), Lula da Silva, pronunció un discurso transmitido en directo por la televisión y por Internet en el que prometió restablecer la paz entre los partidos divergentes y gobernar para todos los brasileños.

Su llamado a la paz no es retórico: como pocas veces antes, el Brasil que le tocará gobernar está polarizado y sumergido en discursos de odio que amenazan el propio sistema democrático. ¿Cómo se llegó a esto?

En tiempos normales, los partidarios del candidato derrotado hubieran simplemente lamentado el resultado, pero lo aceptarían. Al día siguiente volverían a sus preocupaciones cotidianas, como trabajar, estudiar, ocuparse de las tareas domésticas y pagar las facturas. En tiempos normales, el candidato derrotado llamaría al candidato vencedor para reconocer el resultado y desearle buena suerte.

Pero Brasil no vive tiempos normales.

En la noche, y luego de conocerse los resultados electorales, miles de partidarios de Bolsonaro iniciaron protestas en todo el país, bloqueando carreteras con camiones y quemando neumáticos. “Dios, Patria y Familia” era su lema. “Lula ladrón”, completaban.

Esa noche, Bolsonaro anunció por medio de sus asistentes que no hablaría, sino que iría a dormir temprano. Su descanso (en realidad, su espera silenciosa por una escalada de violencia que diera por tierra con el resultado electoral y que no sucedió) duró dos días, permaneció recluido en el Palacio de la Alvorada, la residencia oficial.

Solo 48 horas después, y cuando vio que ni la escalada de violencia antidemocrática era la esperada, ni que los militares salieron a tomar el poder en su nombre, Bolsonaro hizo una rápida declaración en la que justificó las protestas como "fruto de la indignación y de un sentimiento de injusticia". También agradeció los 58 millones de votos recibidos, pero no

mencionó su derrota, ni al presidente electo, y mucho menos al más del 50% de la población que votó en su contra, y en favor de Lula.

Solo frente a la presión del poder judicial, que ordenó el fin de los bloqueos de las rutas, los partidarios de Bolsonaro cambiaron de estrategia y se concentraron frente a los cuarteles del ejército, especialmente en Brasilia, Río de Janeiro y Sao Paulo. Siguen sin conocer el resultado que dio la victoria al expresidente Lula y piden una intervención militar. Es decir, un golpe de Estado.

La pregunta se repite: ¿como se llegó a esto?

A lo largo de los últimos cuatro años, Bolsonaro ha adoptado como modus operandi político tácticas y estrategias de la extrema derecha, entre ellas la de mantener a su base unida en torno a un enemigo común y teorías conspirativas inspiradas en la campaña de Trump en los Estados Unidos, manteniendo a la sociedad en eterno conflicto.

Los ataques de Bolsonaro se han dirigido especialmente a los indígenas, a las comunidades negras o quilombolas, a las mujeres y los grupos LGBTQ. Pero no sólo las minorías fueron blanco de los ataques presidenciales, sino también los ministros del Tribunal Supremo, parlamentarios de la oposición, científicos (sobre todos los que trabajan en el área del medio ambiente), activistas defensores de la Amazonia, periodistas neutrales y artistas.

Como resultado, una parte creciente de la población comenzó a naturalizar y a encarnar el discurso del odio, y a traducirlo en hechos en su vida cotidiana.

Hoy, el conflicto en Brasil se ha vuelto multidimensional. No es sólo político, sino también social, religioso (evangélicos pro Bolsonaro contra católicos y otras religiones tradicionales), racial (los que se autoperceben como "blancos" contra negros o pardos), regional (el sur y el centro, mayoritariamente Bolsonarista, contra el noreste y gran parte del norte). Y se produce tanto a gran escala, como en el caso de las protestas frente a los cuarteles del ejército, como a pequeña escala, en las agresiones verbales y físicas en las escuelas, las iglesias y entre los miembros de una misma familia. Hay numerosos informes en la prensa sobre conflictos entre estudiantes, familiares, vecinos e incluso extraños en las calles.

Hay padres que dejan de hablar a sus hijos porque votaron por Lula. Alumnos atacan a los compañeros que hacen la "L" de Lula con las manos y envían amenazas y símbolos nazis por Whatsapp a sus compañeros de piel morena. Hay casos espeluznantes, como el de un policía militar retirado que asaltó e intentó ahorcar a un niño de 7 años en una panadería simplemente porque el niño había dicho es "Lula, ahí", uno de los lemas de campaña del presidente electo. El niño sobrevivió y fue trasladado al hospital.

Para la psicoanalista Maria Homem, el gobierno de Jair Bolsonaro (PL) ha generado un estrés postraumático colectivo. "Es como si tuvieras un candidato que juega el juego y otro que sabotea el juego, que patea el tablero. Es como si tuvieras un tipo que juega al juego y otro que coge la pelota, rasga, pincha, destruye la red, compra juez, mata juez y amenaza. En Brasil esto es lo que estamos viviendo, nada menos. Y el efecto que esto tiene en nosotros: qué angustia", dijo el psicoanalista. ¹

En el municipio de Casca, de nueve mil habitantes, en el predominantemente bolsonarista Río Grande do Sul, circula una lista con un boicot a los comercios que se identifiquen con el Partido de los Trabajadores (PT).

En esta localidad, los partidarios de Bolsonaro también piden que se fijen pegatinas con las siglas PT en las puertas de estos establecimientos para que puedan ser identificados y boicoteados por la población. La lista fue enviada al Ministerio Público, que está investigando el caso.

La región sur de Brasil, que incluye los estados de Río Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná, es justamente uno de los bastiones de Bolsonaro. Bolsonaro ganó en los tres estados. En la región del Medio Oeste, cuyo principal motor económico es la agroindustria, Bolsonaro también lideró en casi todos los estados. Y en el Sudeste, la región más poblada del país, Bolsonaro también tuvo mayoría, perdiendo por una pequeña diferencia en un solo estado.

En la región nordeste, Lula ganó con una amplia ventaja en nueve estados, el 69,34% de los votos válidos. Con unos indicadores sociales y económicos históricamente inferiores a los de las regiones del sureste y del sur, la región del noreste ha sufrido sucesivas oleadas de migración de personas en busca de mejores condiciones de vida en el sur del país. En las protestas antidemocráticas de bolsonaristas en las calles y en las redes sociales, se dijo que la parte de Brasil 'que trabaja' perdió frente a la que no trabaja y vive de las ayudas del gobierno federal.

Uno de los directivos de Flamengo, el club de fútbol con la mayor cantidad de hinchas del país publicó en Instagram: "Ganamos donde ustedes producen, perdemos donde ustedes pasan las vacaciones (en alusión a las bellas playas del noreste brasileño). Pongámonos a trabajar porque si el ganado muere, las garrapatas pasan hambre". El ganado es como se conoce a los bolsonaristas. Y las garrapatas serían los nordestinos que, segundo este discurso de odio, vivirían supuestamente del trabajo de los demás.

Según una encuesta de InternetLab, al final de la primera ronda de votaciones, el 19,4% de los mensajes que mencionan los términos "nordestina/o", "nordeste" o términos potencialmente ofensivos contra la región dirigían ataques y ofensas a los nordestinos. El 13,4% de los tuits analizados en la muestra también aportaron denuncias de fraude en las elecciones.

Capitolio Tropical

El periodo preelectoral tuvo varios episodios que anticipaban lo que sucedió, incluyendo el uso de armas de fuego. Uno de los más notorios involucró al excéntrico ex diputado federal Roberto Jefferson, aliado de Bolsonaro. El sexagenario Jefferson, en papel Rambo, disparó granadas y más de 50 tiros de fusil contra los policías federales que fueron a cumplir la orden de detención emitida por el ministro Alexandre de Moraes, del Supremo Tribunal Federal (STF) y presidente del Tribunal Supremo Electoral (TSE).

Jefferson fue detenido por haber ofendido con injurias a la jueza del STF Carmen Lúcia, y por atacar al Tribunal Supremo y al sistema electoral con mensajes intimidatorios y antidemocráticos.

El uso de armas se ha facilitado en Brasil durante el gobierno de Bolsoaro. La legalización del comercio y porte de armas es una de las banderas del gobierno del presidente derrotado. El

camino encontrado para facilitar el acceso a las armas fue la edición de más de 40 reglamentos para flexibilizar el control de las armas y las municiones en el país.

Según Bruno Langeani, director de proyectos del Instituto Sou da Paz, el número de armas en manos de civiles ha crecido exponencialmente desde la flexibilización de los controles. Las armas de los coleccionistas, tiradores deportivos y cazadores, conocidas como CAC, según los datos obtenidos por la Ley de Acceso a la Información, eran 290.000 en 2017, y pasarán a ser más de un millón en julio de 2022. En el mismo periodo, las armas registradas en la Policía Federal, en la categoría de Defensa Personal, pasaron de 328 mil a 891 mil. ²

Este arsenal en las calles es una de las preocupaciones del nuevo gobierno, que deberá asumir el 1 de enero de 2023. Durante los bloqueos de las carreteras después de las elecciones, se informó de que los agentes de la policía federal de carreteras fueron tiroteados por los manifestantes. Se teme que las CAC y los grupos armados, que son una de las bases de apoyo de Bolsonaro, vuelvan a las calles en los próximos meses para desestabilizar al gobierno de Lula.

Por mucho que el presidente electo haya enviado señales de que quiere pacificar el país formando un gobierno con amplia participación de varias corrientes políticas, incluidos los representantes más a la derecha, probablemente no tendrá una tregua durante los próximos cuatro años. La democracia parece pender de un hilo.

El presidente del Partido Liberal (PL), Valdemar Costa Neto, anunció que la leyenda, que tiene la mayor bancada de la Cámara Federal de Diputados, con 99 diputados, estará en la oposición y apoyará a Bolsonaro en una nueva contienda por un mandato en 2026.

El Ejército, en contra de sus deberes constitucionales, y bajo la presión de Bolsonaro, se involucró en el proceso electoral y promovió una auditoría o control de las urnas electrónicas, blanco de teorías conspirativas y constantes acusaciones de fraude planteadas en los últimos años por Bolsonaro y sus partidarios. De poco sirvieron las tradicionales auditorías internas e incluso las internacionales, que monitorearon todo el proceso electoral y que confirmaron la transparencia inobjetable de las elecciones.

Aunque la auditoría ad hoc realizada por el ejército tampoco encontró pruebas de fraude o fallas en las urnas, el informe publicado fue lo suficientemente ambiguo como para alimentar nuevas teorías conspirativas en un público enceguecido por el odio, que solo cree en lo que quiere creer. "Me mojé en la lluvia y corté rutas para tener que humillarme con este resultado de la auditoría?", escribieron muchos bolsonaristas, desilusionados y frustrados por la constatación de que las elecciones fueron limpias. Para calmar a las huestes de Bolsonaro, los militares que firmaron la auditoría optaron por la ambigüedad, que no tiene valor jurídico pero que echa aún más aceite sobre el fuego: "No es posible afirmar que el sistema de votación electrónica esté exento de la influencia de posibles códigos maliciosos que puedan alterar su funcionamiento", dijeron, abriendo una rendija de la caja de Pandora.

Es el clima efervescente y antidemocrático que Bolsonaro, admirador de Trump, soñaba. El presidente derrotado quería (quiere?) instalar en Brasil un Capitolio tropical. La tensión continúa y mantiene en vilo a las democracias internacionales. Muchos de sus seguidores permanecen en las calles y se comunican día y noche por medio de redes sociales, esperando órdenes para seguir adelante.

Pero las cosas no están saliendo como Bolsonaro esperaba. Faltó el apoyo explícito de sectores como las Fuerzas Armadas, de la policía y del empresariado, que a pesar de contar con amplios sectores de apoyo al actual presidente, midieron los pros y los contras y decidieron no embarcarse en una aventura que desestabilizara el país y lo aislará aun mas del resto del mundo.

Con o sin golpe, Bolsonaro debe mantenerse como liderazgo político para millones de brasileños, tensando el ambiente político e institucional en los próximos años. Las heridas del odio y la polarización, y el fascismo latente que ha despertado entre muchos brasileños, tardarán en sanar.

Referencias

- 1 - "La elección provoca sentimientos de amor y odio". Portal UOL, 27 de octubre de 2022.
- 2 - Bruno Langeani. Le Monde Diplomatique Brasil. 22 de septiembre de 2022.